



## **BIBLIOTECA VIRTUAL DEL CIRCULO CRIOLLO EL RODEO**

### **“El Gaucho Martín Fierro” De José Hernández**

#### **Carta del Autor a don José Zoilo Miguens**

Querido amigo:

Al fin me he decidido a que mi pobre "MARTÍN FIERRO", que me ha ayudado algunos momentos a alejar al fastidio de la vida del hotel, salga a conocer el mundo, y allá va acogido al amparo de su nombre.

No le niegue su protección, Ud. que conoce bien todos los abusos y todas las desgracias de que es víctima esa clase desheredada de nuestro país. Es un pobre gaucho, con todas las imperfecciones de forma que el arte tiene todavía entre ellos, y con toda la falta de enlace en sus ideas, en las que no existe siempre una sucesión lógica, descubriéndose frecuentemente entre ellas apenas una relación oculta y remota. Me he esforzado, sin presumir haberlo conseguido, en presentar un tipo que personificara el carácter de nuestros gauchos, concentrando el modo de ser, de sentir, de pensar y de expresarse, que les es peculiar, dotándolo con todos los juegos de su imaginación llena de imágenes y de colorido, con todos los arranques de su altivez, inmoderados hasta el crimen, y con todos los impulsos y arrebatos, hijos de una naturaleza que la educación no ha pulido y suavizado.

Cuantos conozcan con propiedad el original podrán juzgar si hay o no semejanza en la copia.

Quizá la empresa habría sido para mí más fácil, y de mejor éxito, si sólo me hubiera propuesto hacer reír a costa de su ignorancia, como se halla autorizado por el uso en este género de composiciones; pero mi objeto ha sido dibujar a grandes rasgos, aunque fielmente, sus costumbres, sus trabajos, sus hábitos de vida, su índole, sus vicios y sus virtudes; ese conjunto que constituye el cuadro de su fisonomía moral, y los accidentes de su existencia llena de peligros, de inquietudes, de inseguridad, de aventuras y de agitaciones constantes.

Y he deseado todo esto, empeñándome en imitar ese estilo abundante en metáforas, que el gaucho usa sin conocer y sin valorar, y su empleo constante de comparaciones tan extrañas como frecuentes; en copiar sus reflexiones con el sello de la originalidad que las distingue y el tinte sombrío de que jamás carecen, revelándose en ellas esa especie de filosofía propia que, sin estudiar, aprende en la misma naturaleza, en respetar la superstición y sus preocupaciones, nacidas y fomentadas por su misma ignorancia; en dibujar el orden de sus impresiones y de sus afectos, que él encubre y disimula estudiosamente, sus desencantos, producidos por su misma condición social, y esa indolencia que le es habitual, hasta llegar a constituir una de las condiciones de su espíritu; en retratar, en fin, lo más fielmente que me fuera posible, con todas sus especialidades propias, ese tipo original de nuestras pampas, tan poco conocido por lo mismo que es difícil estudiarlo, tan erróneamente juzgado muchas veces, y que, al paso que avanzan las conquistas de la civilización, va perdiéndose casi por completo.

Sin duda que todo esto ha sido demasiado desear para tan pocas páginas, pero no se me puede hacer un cargo por el deseo sino por no haberlo conseguido.

Una palabra más, destinada a disculpar sus defectos. Páselos Ud. por alto, porque quizá no lo sean todos los que, a primera vista, puedan parecerlo, pues no pocos se encuentran allí como copia o imitación de los que lo son realmente. Por lo demás, espero, mi amigo, que Ud. lo juzgará con benignidad, siquiera sea porque MARTÍN FIERRO no va de la ciudad a referir a sus compañeros lo que ha visto y admirado en un 25 de Mayo u otra función semejante, referencias algunas de las cuales, como en *Fausto* y varias otras, son de mucho mérito ciertamente, sino que cuenta sus trabajos, sus desgracias, los azares de su vida de gaucho, y Ud. no desconoce que el asunto es más difícil de lo que muchos se lo imaginarán.

Y con lo dicho basta para preámbulo, pues ni MARTÍN FIERRO exige más, ni Ud. gusta mucho de ellos, ni son de la predilección del público, ni se avienen con el carácter de

Su verdadero amigo

José Hernández

Buenos Aires, diciembre de 1872

### **El Gaucho Martín Fierro**

**I**  
Aquí me pongo a cantar  
al compás de la vigüela,  
que el hombre que lo desvela  
una pena extraordinaria  
como la ave solitaria  
con el cantar se consuela.

Pido a los santos del cielo  
que ayuden mi pensamiento:  
les pido en este momento  
que voy a cantar mi historia  
me refresquen la memoria  
y aclaren mi entendimiento.  
Vengan santos milagrosos,  
vengan todos en mi ayuda,  
que la lengua se me añuda  
y se me turba la vista;  
pido a mi Dios que me asista  
en una ocasión tan ruda.  
Yo he visto muchos cantores,  
con famas bien otenidas,  
y que después de alquiridas  
no las quieren sustentar.  
Parece que sin largar  
se cansaron en partidas.  
Mas ande otro criollo pasa  
Martín Fierro ha de pasar;  
nada lo hace recular  
ni las fantasmas lo espantan,  
y dende que todos cantan  
yo también quiero cantar.  
Cantando me he de morir,  
cantando me han de enterrar,  
y cantando he de llegar  
al pie del Eterno Padre:  
dende el vientre de mi madre  
vine a este mundo a cantar.  
Que no se trabe mi lengua  
ni me falte la palabra;  
el cantar mi gloria labra  
y, poniéndome a cantar,  
cantando me han de encontrar  
aunque la tierra se abra.  
Me siento en el plan de un bajo  
a cantar un argumento;  
como si soplara el viento  
hago tiritar los pastos.  
Con oros, copas y bastos  
juega allí mi pensamiento.  
Yo no soy cantor letrao,  
mas si me pongo a cantar  
no tengo cuándo acabar  
y me envejezco cantando:  
las coplas me van brotando  
como agua de manantial.  
Con la guitarra en la mano  
ni las moscas se me arriman;  
naides me pone el pie encima,  
y, cuando el pecho se entona,  
hago gemir a la prima  
y llorar a la bordona.  
Yo soy toro en mi rodeo  
y torazo en rodeo ajeno;  
siempre me tuve por güeno  
y si me quieren probar,  
salgan otros a cantar  
y veremos quién es menos.  
No me hago al lao de la güeya  
aunque vengan degollando;  
con los blandos yo soy blando  
y soy duro con los duros,  
y ninguno en un apuro  
me ha visto andar tutubiando.

En el peligro, ¡qué Cristo!  
el corazón se me enancha,  
pues toda la tierra es cancha,  
y de eso naides se asombre:  
el que se tiene por hombre  
donde quiera hace pata ancha.  
Soy gaucho, y entiéndanlo  
como mi lengua lo esplica:  
para mí la tierra es chica  
y pudiera ser mayor;  
ni la víbora me pica  
ni quema mi frente el sol.  
Nací como nace el peje  
en el fondo de la mar;  
naides me puede quitar  
aquello que Dios me dio:  
lo que al mundo truje yo  
del mundo lo he de llevar.  
Mi gloria es vivir tan libre  
como el pájaro del cielo;  
no hago nido en este suelo  
ande hay tanto que sufrir,  
y naides me ha de seguir  
cuando yo remuento el vuelo.  
Yo no tengo en el amor  
quien me venga con querellas,  
como esas aves tan bellas  
que saltan de rama en rama,  
yo hago en el trébol mi cama,  
y me cubren las estrellas.  
Y sepan cuantos escuchan  
de mis penas el relato,  
que nunca peleo ni mato  
sino por necesidá,  
y que a tanta alversidá  
sólo me arrojó el mal trato.  
Y atiendan la relación  
que hace un gaucho perseguido,  
que padre y marido ha sido  
empeñoso y diligente,  
y sin embargo la gente  
lo tiene por un bandido.

||

Ninguno me hable de penas,  
porque yo penando vivo,  
y naides se muestre altivo  
aunque en el estribo esté,  
que suele quedarse a pie  
el gaucho más alvertido.  
Junta esperencia en la vida  
hasta pa dar y prestar  
quien la tiene que pasar  
entre sufrimiento y llanto;  
porque nada enseña tanto  
como el sufrir y el llorar.  
Viene el hombre ciego al mundo,  
cuartiándolo la esperanza,  
y a poco andar ya lo alcanzan  
las desgracias a empujones;  
¡la pucha, que trae liciones  
el tiempo con sus mudanzas!  
Yo he conocido esta tierra  
en que el paisano vivía  
y su ranchito tenía  
y sus hijos y mujer...

Era una delicia el ver  
como pasaba sus días.  
Entonces... cuando el lucero  
brillaba en el cielo santo,  
y los gallos con su canto  
nos decían que el día llegaba,  
a la cocina rumbiaba  
el gaucho... que era un encanto.  
Y sentao junto al jogón  
a esperar que venga el día,  
al cimarrón le prendía  
hasta ponerse rechoncho,  
mientras su china dormía  
tapadita con su poncho.  
Y apenas la madrugada  
empezaba a coloriar,  
los pájaros a cantar  
y las gallinas a apiarse,  
era cosa de largarse  
cada cual a trabajar.  
Este se ata las espuelas,  
se sale el otro cantando,  
uno busca un pellón blando,  
éste un lazo, otro un rebenque,  
y los pingos relinchando  
los llaman dende el palenque.  
El que era pion domador  
enderezaba al corral,  
ande estaba el animal  
bufidos que se las pela...  
y más malo que su agüela,  
se hacía astillas el bagual.  
Y allí el gaucho inteligente,  
en cuanto el potro enriendó,  
los cueros le acomodó  
y se le sentó en seguida,  
que el hombre muestra en la vida  
la astucia que Dios le dio.  
Y en las playas corcoviando  
pedazos se hacía el sotreta  
mientras él por las paletas  
le jugaba las lloronas  
y al ruido de las caronas  
salía haciéndose gambetas.  
¡Ah tiempos!... ¡Si era un orgullo  
ver jinetear un paisano!  
cuando era gaucho baquiano,  
aunque el potro se boliase,  
no había uno que no parese  
con el cabresto en la mano.  
Y mientras domaban unos,  
otros al campo salían,  
y la hacienda recogían,  
las manadas repuntaban,  
y así sin sentir pasaban  
entretenidos el día.  
Y verlos al cair la noche  
en la cocina riunidos,  
con el juego bien prendido  
y mil cosas que contar,  
platicar muy divertidos  
hasta después de cenar.  
Y con el buche bien lleno  
era cosa superior  
irse en brazos del amor  
a dormir como la gente,

pa empezar al día siguiente  
las fainas del día anterior.  
Ricuerdo... ¡qué maravilla!  
cómo andaba la gauchada  
siempre alegre y bien montada  
y dispuesta pa el trabajo;  
pero hoy en día... ¡barajo!  
no se la ve de aporriada.  
El gaucho más infeliz  
tenía tropilla de un pelo,  
no le faltaba un consuelo  
y andaba la gente lista...  
Tendiendo al campo la vista  
sólo vía hacienda y cielo.  
Cuando llegaban las yerras,  
¡cosa que daba calor  
tanto gaucho pialador  
y tironiador sin yel!  
¡Ah tiempo... pero si en él  
se ha visto tanto primor!  
Aquello no era trabajo,  
más bien era una junción,  
y después de un güen tirón  
en que uno se daba maña,  
pa darle un trago de caña  
solía llamarlo el patrón.  
Pues siempre la mamajuana  
vivía bajo la carreta,  
y aquel que no era chancleta  
en cuanto el goyete vía,  
sin miedo se le prendía  
como güérfano a la teta.  
¡Y qué jugadas se armaban  
cuando estábamos riunidos!  
Siempre íbamos prevenidos,  
pues en tales ocasiones  
a ayudarles a los pionos  
caiban muchos comedidos.  
Eran los días del apuro  
y alboroto pa el hembraje,  
pa preparar los potajes  
y osequiar bien a la gente,  
y ansí, pues, muy grandemente  
pasaba siempre el gauchaje.  
Venía la carne con cuero,  
la sabrosa carbonada,  
mazamorra bien pisada,  
los pasteles y el güen vino...  
pero ha querido el destino  
que todo aquello acabara.  
Estaba el gaucho en su pago  
con toda seguridad,  
pero aura... ¡barbaridá!,  
la cosa anda tan fruncida,  
que gasta el pobre la vida  
en juir de la autoridá.  
Pues si usted pisa en su rancho  
y si el alcalde lo sabe,  
lo caza lo mesmo que ave  
aunque su mujer aborte...  
¡No hay tiempo que no se acabe  
ni tiento que no se corte!  
Y al punto dése por muerto  
si el alcalde lo bolea,  
pues áhi nomás se le apea  
con una felpa de palos.

Y después dicen que es malo  
el gaucho si los pelea.  
Y el lomo le hinchán a golpes,  
y le rompen la cabeza,  
y luego con ligereza,  
ansí lastimao y todo,  
lo amarran codo a codo  
y pa el cepo lo enderiezan.  
Áhi comienzan sus desgracias,  
áhi principia el pericón,  
porque ya no hay salvación,  
y que usté quiera o no quiera,  
lo mandan a la frontera  
o lo echan a un batallón.  
Ansí empezaron mis males  
lo mesmo que los de tantos;  
si gustan... en otros cantos  
les diré lo que he sufrido.  
Después que uno está perdido  
no lo salvan ni los santos.

III

Tuve en mi pago en un tiempo  
hijos, hacienda y mujer,  
pero empecé a padecer,  
me echaron a la frontera  
¡y qué iba a hallar al volver!  
tan sólo hallé la tapera.  
Sosegao vivía en mi rancho  
como el pájaro en su nido;  
allí mis hijos queridos  
iban creciendo a mi lao...  
sólo queda al desgraciao  
lamentar el bien perdido.  
Mi gala en las pulperías  
era, cuando había más gente,  
ponerme medio caliente,  
pues cuando puntiao me encuentro  
me salen coplas de adentro  
como agua de la virtiente.  
Cantando estaba una vez  
en una gran diversión;  
y aprovechó la ocasión  
como quiso el juez de paz.  
Se presentó, y áhi nomás  
hizo una arriada en montón.  
Juyeron los más matreros  
y lograron escapar.  
Yo no quise disparar,  
soy manso y no había por qué,  
muy tranquilo me quedé  
y ansí me dejé agarrar.  
Allí un gringo con un órgano  
y una mona que bailaba,  
haciéndonós rair estaba  
cuanto le tocó el arreo.  
¡Tan grande el gringo y tan feo  
lo viera cómo lloraba!  
Hasta un inglés sanjiador  
que decía en la última guerra  
que él era de Inca-la-perra  
y que no quería servir,  
también tuvo que juir  
a guarecerse en la sierra.  
Ni los mirones salvaron  
de esa arriada de mi flor;  
fue acoyarao el cantor

con el gringo de la mona,  
a uno solo, por favor,  
logró salvar la patrona.  
Formaron un contingente  
con los que en el baile arriaron;  
con otros nos mesturaron,  
que habían agarrao también:  
las cosas que aquí se ven  
ni los diablos las pensaron.  
A mí el Juez me tomó entre ojos  
en la ultima votación:  
me le había hecho el remolón  
y no me arrimé ese día,  
y él dijo que yo servía  
a los de la esposición.  
Y así sufrí ese castigo  
tal vez por culpas ajenas;  
que sean malas o sean güenas  
las listas, siempre me escondo:  
yo soy un gaucho redondo  
y esas cosas no me enllenan.  
Al mandarnos nos hicieron  
más promesas que a un altar,  
El Juez nos jue a proclamar  
y nos dijo muchas veces:  
"Muchachos, a los seis meses  
los van a ir a revelar."  
Yo llevé un moro de número,  
¡sobresaliente el matucho!  
con él gané en Ayacucho  
más plata que agua bendita:  
siempre el gaucho necesita  
un pingo pa fiarle un pucho.  
Y cargué sin dar mas güeltas  
con las prendas que tenía:  
jergas, ponchos, cuanto había  
en casa, tuito lo alcé:  
a mi china la dejé  
medio desnuda ese día.  
No me faltaba una guasca;  
esa ocasión eché el resto:  
bozal, maniador, cabresto,  
lazo, bolas y manea...  
¡el que hoy tan pobre me vea  
tal vez no creerá todo esto!  
Así en mi moro, escarciando,  
enderecé a la frontera.  
¡Aparcero, si usted viera  
lo que se llama cantón...!  
Ni envidia tengo al ratón  
en aquella ratonera.  
De los pobres que allí había  
a ninguno lo largaron;  
los más viejos rezongaron,  
pero a uno que se quejó  
en seguida lo estaquiaron,  
y la cosa se acabó.  
En la lista de la tarde  
el jefe nos cantó el punto,  
diciendo: "Quinientos juntos  
llevará el que se resierte;  
lo haremos pitar del juerte;  
mas bien dése por dijunto."  
A naides le dieron armas,  
pues toditas las que había  
el coronel las tenía,

según dijo esa ocasión,  
pa repartirlas el día  
en que hubiera una invasión.  
Al principio nos dejaron  
de haraganes criando sebo,  
pero después... no me atrevo  
a decir lo que pasaba.  
¡Barajo!... si nos trataban  
como se trata a malevos.  
Porque todo era jugarle  
por los lomos con la espada,  
y, aunque usted no hiciera nada,  
lo mesmito que en Palermo,  
le daban cada cepiada  
que lo dejaban enfermo.  
¡Y qué indios, ni qué servicio,  
si allí no había ni cuartel!  
Nos mandaba el coronel  
a trabajar en sus chacras,  
y dejábamos las vacas  
que las llevara el infiel.  
Yo primero sembré trigo  
y después hice un corral,  
corté adobe pa un tapial,  
hice un quincho, corté paja...  
¡La pucha, que se trabaja  
sin que le larguen un rial!  
Y es lo pior de aquel enriedo  
que si uno anda hinchando el lomo  
ya se le apean como plomo...  
¡Quién aguanta aquel infierno!  
Y eso es servir al gobierno,  
a mí no me gusta el cómo.  
Más de un año nos tuvieron  
en esos trabajos duros,  
y los indios, le asiguro,  
dentaban cuando querían:  
como no los perseguían  
siempre andaban sin apuro.  
A veces decía al volver  
del campo la descubierta  
que estuviéramos alerta,  
que andaba adentro la indiada;  
porque había una rastrillada  
o estaba una yegua muerta.  
Recién entonces salía  
la orden de hacer la reunión,  
y cáibamos al cantón  
en pelos y hasta enancaos,  
sin armas, cuatro pelaos  
que íbamos a hacer jabón.  
Ahi empezaba el afán,  
se entiende, de puro vicio,  
de enseñarle el ejercicio  
a tanto gaucho recluta,  
con un estrutor... ¡qué... bruta!  
que nunca sabía su oficio.  
Daban entonces las armas  
pa defender los cantones,  
que eran lanzas y latones  
con ataduras de tiento...  
Las de juego no las cuento,  
porque no había municiones.  
Y chamuscao un sargento  
me contó que las tenían,  
pero que ellos las vendían

para cazar avestruces;  
y así andaban noche y día  
déle bala a los ñanduces.  
Y cuando se iban los indios  
con los que habían manotiao,  
salíamos muy apuraos  
a perseguirlos de atrás;  
si no se llevaban más  
es porque no habían hallao.  
Allí sí se ven desgracias  
y lágrimas y afliciones,  
naides le pida perdones  
al indio, pues donde dentra  
roba y mata cuanto encuentra  
y quema las poblaciones.  
No salvan de su juror  
ni los pobres angelitos:  
viejos, mozos y chiquitos  
los mata del mismo modo;  
que el indio lo arregla todo  
con la lanza y con gritos.  
Tiemblan las carnes al verlo  
volando al viento la cerda,  
la rienda en la mano izquierda  
y la lanza en la derecha;  
ande enderieza abre brecha  
pues no hay lanzazo que pierda.  
Hace trotiadas tremendas  
dende el fondo del desierto;  
ansí llega medio muerto  
de hambre, de sé y de fatiga;  
pero el indio es una hormiga  
que día y noche esta despierto.  
Sabe manejar las bolas  
como naides las maneja,  
cuanto el contrario se aleja  
manda una bola perdida,  
y si lo alcanza, sin vida  
es seguro que lo deja.  
Y el indio es como tortuga  
de duro para espichar;  
si lo llega a destripar  
ni siquiera se le encoge:  
luego sus tripas recoge  
y se agacha a disparar.  
Hacían el robo a su gusto  
y después se iban de arriba,  
se llevaban las cautivas  
y nos contaban que a veces  
les descarnaban los pieses  
a las pobrecitas, vivas.  
¡Ah, si partía el corazón  
ver tantos males, canejo!  
Los perseguíamos de lejos  
sin poder ni galopiar.  
¡Y qué habíamos de alcanzar  
en unos bichocos viejos!  
Nos volvíamos al cantón  
a las dos o tres jornadas  
sembrando las caballadas;  
y pa que alguno la venda,  
rejuntábamos la hacienda  
que habían dejao resagada.  
Una vez entre otras muchas,  
tanto salir al botón,  
nos pegaron un malón

los indios y una lanciada,  
que la gente acobardada  
quedó dende esa ocasión.  
Habían estao escondidos  
aguaitando atrás de un cerro.  
¡Lo viera a su amigo Fierro  
aflojar como un blandito!  
Salieron como maíz frito  
en cuanto sonó un cencerro.  
Al punto nos dispusimos  
aunque ellos eran bastantes;  
la formamos al istante  
nuestra gente, que era poca;  
y golpiándose en la boca  
hicieron fila adelante.  
Se vinieron en tropel  
haciendo temblar la tierra.  
No soy manco pa la guerra  
pero tuve mi jabón,  
pues iba en un redomón  
que había boliao en la sierra.  
¡Qué vocerío, qué barullo,  
qué apurar esa carrera!  
La indiada todita entera  
dando alaridos cargó.  
¡Jue pucha!... y ya nos sacó  
como yeguada matrera.  
¡Qué fletes traiban los bárbaros,  
como una luz de ligeros!  
Hicieron el entrevero  
y en aquella mezcolanza,  
éste quiero, éste no quiero,  
nos escogían con la lanza.  
Al que le daban un chuzaso  
difícultoso es que sane:  
en fin, para no echar panes  
salimos por esas lomas  
lo mesmo que las palomas  
al juir de los gavilanes.  
Es de almirar la destreza  
con que la lanza manejan.  
De perseguir nunca dejan,  
y nos traiban apretaos.  
¡Si queríamos, de apuraos,  
salirnos por las orejas!  
Y pa mejor de la fiesta  
en esta aflicción tan suma,  
vino un indio echando espuma,  
y con la lanza en la mano  
gritando: "Acabau, cristiano,  
metau el lanza hasta el pluma."  
Tendido en el costillar,  
cimbrando por sobre el brazo  
una lanza como un lazo,  
me atropelló dando gritos:  
si me descuido... el maldito  
me levanta de un lanzaso.  
Si me atribulo o me encojo,  
siguro que no me escapo;  
siempre he sido medio guapo  
pero en aquella ocasión  
me hacía buya el corazón  
como la garganta al sapo.  
Dios le perdone al salvaje  
las ganas que me tenía...  
Desaté las tres marías

y lo engatusé a cabriolas.  
¡Pucha...! si no traigo bolas  
me achura el indio ese día.  
Era el hijo de un cacique  
sigún yo lo averigüé;  
la verdá del caso, jue  
que me tuvo apuradazo,  
hasta que, al fin, de un bolazo  
del caballo lo bajé.  
Ahi no más me tiré al suelo  
y lo pisé en las paletas;  
empezó a hacer morisquetas  
. y a mezquinar la garganta...  
pero yo hice la obra santa  
de hacerlo estirar la jeta.  
Allí quedó de mojón  
y en su caballo salté;  
de la indiada disparé,  
pues si me alcanza me mata,  
y, al fin, me les escapé  
con el hilo en una pata.

#### IV

Seguiré esta relación  
aunque pa chorizo es largo:  
el que pueda hágasé cargo  
cómo andaría de matrero,  
después de salvar el cuero  
de aquel trance tan amargo.  
Del sueldo nada les cuento,  
porque andaba disparando;  
nosotros, de cuando en cuando,  
solíamos ladrar de pobres:  
nunca llegaban los cobres  
que se estaban aguardando.  
Y andábamos de mugrientos  
que el mirarnos daba horror;  
les juro que era un dolor  
ver esos hombres, ¡por Cristo!  
En mi perra vida he visto  
una miseria mayor.  
Yo no tenía ni camisa  
ni cosa que se parezca;  
mis trapos sólo pa yesca  
me podían servir al fin...  
No hay plaga como un fortín  
para que el hombre padezca.  
Poncho, jergas, el apero,  
las prenditas, los botones,  
todo, amigo, en los cantones  
jue quedando poco a poco;  
ya nos tenían medio loco  
la pobreza y los ratones.  
Sólo una manta peluda  
era cuanto me quedaba;  
la había agenciao a la taba  
y ella me tapaba el bulto;  
yaguané que allí ganaba  
no salía... ni con indulto.  
Y pa mejor hasta el moro  
se me jue de entre las manos;  
no soy lerdo... pero, hermano,  
vino el comendante un día  
diciendo que lo quería  
"pa enseñarle a comer grano".  
Afigúresé cualquiera  
la suerte de este su amigo,

a pie y mostrando el umbligo,  
estropiao, pobre y desnudo.  
Ni por castigo se pudo  
hacerse más mal conmigo.  
Así pasaron los meses,  
y vino el año siguiente,  
y las cosas igualmente  
siguieron del mismo modo:  
adrede parece todo  
para aburrir a la gente.  
No teníamos más permiso,  
ni otro alivio la gauchada,  
que salir de madrugada,  
cuando no había indio ninguno,  
campo ajuera, a hacer boliadas,  
desocando los reyunos.  
Y cáibamos al cantón  
con los fletes aplastaos,  
pero a veces medio aviaos  
con plumas y algunos cueros  
que áhi no más con el pulpero  
los teníamos negociaos.  
Era un amigo del jefe  
que con un boliche estaba;  
yerba y tabaco nos daba  
por la pluma de avestruz,  
y hasta le hacía ver la luz  
al que un cuero le llevaba.  
Sólo tenía cuatro frascos  
y unas barricas vacías,  
y a la gente le vendía  
todo cuanto precisaba:  
a veces creiba que estaba  
allí la proveduría.  
¡Ah pulpero habilidoso!  
Nada le solía faltar  
¡ahijuna! y para tragar  
tenía un buche de ñandú.  
La gente le dio en llamar  
"el boliche de virtù".  
Aunque es justo que quien vende  
algún poquitito muerda,  
tiraba tanto la cuerda  
que con sus cuatro limetas  
él cargaba las carretas  
de plumas, cueros y cerda.  
Nos tenía apuntaos a todos  
con más cuentas que un rosario,  
cuando se anunció un salario  
que iban a dar, o un socorro;  
pero sabe Dios qué zorro  
se lo comió al comisario.  
Pues nunca lo vi llegar  
y, al cabo de muchos días,  
en la misma pulpería  
dieron una *buena cuenta*,  
que la gente muy contenta  
de tan pobre recibía.  
Sacaron unos sus prendas  
que las tenían empeñadas,  
por sus deudas atrasadas  
dieron otros el dinero;  
al fin de fiesta el pulpero  
se quedó con la mascada.  
Yo me arrescosté a un horcón  
dando tiempo a que pagaran,

y poniendo güena cara  
estuve haciéndomé el poyo,  
a esperar que me llamaran  
para recibir mi boyo.  
Pero áhi me pude quedar  
pegao pa siempre al horcón;  
ya era casi la oración  
y ninguno me llamaba;  
la cosa se me ñublaba  
y me dentró comezón.  
Pa sacarme el entripao  
vi al Mayor, y lo fí a hablar.  
Yo me lo empecé a atracar  
y, como con poca gana,  
le dije: "Tal vez mañana  
acabarán de pagar."  
"-Qué mañana ni otro día",  
al punto me contestó,  
"la paga ya se acabó,  
siempre has de ser animal."  
Me rái y le dije: "Yo...  
no he recebido ni un rial".  
Se le pusieron los ojos  
que se le querían salir,  
y áhi no más volvió a decir  
comiéndomé con la vista:  
"¿Y qué querés recibir  
si no has dentrao en la lista?"  
"-Esto sí que es amolar",  
dije yo pa mis adentros,  
"van dos años que me encuentro  
y hasta áura he visto ni un grullo;  
dentro en todos los barullos  
pero en las listas no dentro".  
Vide el pleito mal parao  
y no quise aguardar más...  
Es güeno vivir en paz  
con quien nos ha de mandar,  
y reculando pa atrás  
me le empecé a retirar.  
Supo todo el Comendante  
y me llamó al otro día,  
diciéndomé que quería  
aviriguar bien las cosas...  
que no era el tiempo de Rosas,  
que áura a naides se debía.  
Llamó al cabo y al sargento  
y empezó la indagación:  
si había venido al cantón  
en tal tiempo o en tal otro...  
Y si había venido en potro,  
en reyuno o redomón.  
Y todo era alborotar  
al ñudo, y hacer papel:  
conocí que era pastel  
pa engordar con mi guayaca;  
mas si voy al Coronel  
me hacen bramar en la estaca.  
¡Ah, hijos de una...! ¡La codicia  
ojalá les ruempa el saco!  
Ni un pedazo de tabaco  
le dan al pobre soldao,  
y lo tienen, de delgao,  
más ligero que un guanaco.  
Pero qué iba a hacerles yo,  
charabón en el desierto;

más bien me daba por muerto  
pa no verme más fundido  
y me les hacía el dormido  
aunque soy medio dispierto.

V

Yo andaba desesperao  
aguardando una ocasión  
que los indios un malón  
nos dieran, y entre el estrago  
hacérmelés cimarrón  
y volverme pa mi pago.  
Aquello no era servicio  
ni defender la frontera:  
aquello era ratonera  
en que es más gato el más juerte:  
era jugar a la suerte  
con una taba culera.  
Allí tuito va al revés:  
los milicos se hacen pionos,  
y andan por las poblaciones  
emprestaos pa trabajar;  
los rejuntan pa peliar  
cuando entran indios ladrones.  
Yo he visto en esa milonga  
muchos jefes con estancia,  
y pionos en abundancia,  
y majadas y rodeos;  
he visto negocios feos  
a pesar de mi inorancia.  
Y colijo que no quieren  
la barunda componer:  
para esto no ha de tener  
el jefe, aunque esté de estable,  
más que su poncho y su sable,  
su caballo y su deber.  
Ansina, pues, conociendo  
que aquel mal no tiene cura,  
que tal vez mi sepultura  
si me quedo iba a encontrar,  
pensé en mandarme mudar  
como cosa más sigura.  
Y pa mejor, una noche  
¡qué estaquiada me pegaron!  
Casi me descoyuntaron  
por motivo de una gresca.  
¡Ahijuna, si me estiraron  
lo mesmo que guasca fresca!  
Jamás me puedo olvidar  
lo que esa vez me pasó:  
dentrandu una noche yo  
al fortín, un enganchao,  
que estaba medio mamao,  
allí me desconoció.  
Era un gringo tan bozal,  
que nada se le entendía.  
¡Quién sabe de ande sería!  
Tal vez no juera cristiano,  
pues lo único que decía  
es que era *pa-po-litano* .  
Estaba de centinela  
y, por causa del peludo,  
verme más claro no pudo  
y esa jue la culpa toda.  
El bruto se asustó al ñudo  
y fi el pavo de la boda.

Cuanto me vido acercar:  
"¿Quién vivore?" -preguntó:  
"Qué víboras" -dije yo.  
"¡Ha garto!" -me pegó el grito.  
Y yo dije despacito:  
"Más lagarto serás vos."  
Ahi no más ¡Cristo me valga!  
rastrillar el jusil siento;  
me agaché, y en el momento  
el bruto me largó un chumbo;  
mamao, me tiró sin rumbo,  
que si no, no cuento el cuento.  
Por de contao, con el tiro  
se alborotó el avispero;  
los oficiales salieron  
y se empezó la junción:  
quedó en su puesto el nación  
y yo fi al estaquiadero.  
Entre cuatro bayonetas  
me tendieron en el suelo.  
Vino el mayor medio en pedo  
y allí se puso a gritar:  
"Pícaro, te he de enseñar  
a andar declamando sueldos."  
De las manos y las patas  
me ataron cuatro cinchones.  
Les aguanté los tirones  
sin que ni un ¡ay! se me oyera  
y al gringo la noche entera  
lo harté con mis maldiciones.  
Yo no sé por qué el gobierno  
nos manda aquí a la frontera  
gringada que ni siquiera  
se sabe atracar a un pingo.  
¡Si creerá al mandar un gringo  
que nos manda alguna fiera!  
No hacen más que dar trabajo,  
pues no saben ni ensillar;  
no sirven ni pa carniar,  
y yo he visto muchas veces  
que ni voltiadas las reses  
se les querían arrimar.  
Y lo pasan sus mercedes  
lengüetiando pico a pico  
hasta que viene un milico  
a servirles al asao...  
Y eso sí, en lo delicaos  
parecen hijos de rico.  
Si hay calor, ya no son gente,  
si yela, todos tiritan;  
si usted no les da, no pitan  
por no gastar en tabaco,  
y cuando pescan un naco  
uno al otro se lo quitan.  
Cuando llueve se acoquinan  
como el perro que oye truenos.  
¡Qué diablos! sólo son güenos  
pa vivir entre maricas,  
y nunca se andan con chicas  
para alzar ponchos ajenos.  
Pa vichar son como ciegos,  
ni hay ejemplo de que entiendan;  
no hay uno solo que aprienda,  
al ver un bulto que cruza,  
a saber si es avestruza,  
o si es jinete, o hacienda.

Si salen a perseguir  
después de mucho aparato,  
tuitos se pelan al rato  
y va quedando el tendal:  
esto es como en un nidal  
echarle güevos a un gato.

## VI

Vamos dentrando recién  
a la parte más sentida,  
aunque es todita mi vida  
de males una cadena:  
a cada alma dolorida  
le gusta cantar sus penas.  
Se empezó en aquel entonces  
a rejuntar caballada  
y riunir la milicada  
teniéndolá en el cantón,  
para una despedición  
a sorprender a la indiada.  
Nos anunciaban que iríamos  
sin carretas ni bagajes  
a golpiar a los salvajes  
en sus mismas tolderías;  
que a la güelta pagarían  
licenciándoló al gauchaje.  
Que en esta despedición  
tuviéramos la esperanza,  
que iba a venir sin tardanza,  
según el jefe contó,  
un menistro o qué se yo...  
que le llamaban Don Ganza.  
Que iba a riunir el ejército  
y tuitos los batallones  
y que traiba unos cañones  
con más rayas que un cotín.  
¡Pucha!... las conversaciones  
por allá no tenían fin.  
Pero esas trampas no enriedan  
a los zorros de mi laya;  
que el menistro venga o vaya,  
poco le importa a un matrero.  
Yo también dejé las rayas...  
en los libros del pulpero.  
Nunca jui gaucho dormido,  
siempre pronto, siempre listo,  
que soy un hombre, ¡qué Cristo!,  
que nada me ha acobardao,  
y siempre salí parao  
en los trances que me he visto.  
Dende chiquito gané  
la vida con mi trabajo,  
y aunque siempre estuve abajo  
y no sé lo que es subir,  
también el mucho sufrir  
suele cansarnos ¡barajo!  
En medio de mi inorancia  
conozco que nada valgo:  
soy la liebre o soy el galgo  
asigún los tiempos andan;  
pero también los que mandan  
debieran cuidarnos algo.  
Una noche que riunidos  
estaban en la carpeta  
empinando una limeta  
el jefe y el juez de paz,

yo no quise aguardar más  
y me hice humo en un sotreta.  
Para mí el campo son flores  
dende que libre me veo;  
donde me lleva el deseo  
allí mis pasos dirijo  
y hasta en las sombras, de fijo  
que a donde quiera rumbo.  
Entro y salgo del peligro  
sin que me espante el estrago;  
no aflojo al primer amago  
ni jamás fi gaucho lerdo:  
soy pa rumbiar como el cerdo  
y pronto cái a mi pago.  
Volvía al cabo de tres años  
de tanto sufrir al ñudo,  
resertor, pobre y desnudo,  
a procurar suerte nueva,  
y lo mesmo que el peludo  
enderecé pa mi cueva.  
No hallé ni rastro del rancho;  
¡sólo estaba la tapera!  
¡Por Cristo, si aquello era  
pa enlutar el corazón:  
yo juré en esa ocasión  
ser más malo que una fiera!  
¡Quién no sentirá lo mesmo  
cuando así padece tanto!  
Puedo asigurar que el llanto  
como una mujer largué.  
¡Ay mi Dios, si me quedé  
más triste que Jueves Santo!  
Sólo se oiban los aullidos  
de un gato que se salvó;  
el pobre se guareció  
cerca, en una vizcachera.  
Venía como si supiera  
que estaba de güelta yo.  
Al dirme dejé la hacienda  
que era todito mi haber;  
pronto debíamos volver,  
según el Juez prometía,  
y hasta entonces cuidaría  
de los bienes la mujer.

.....  
Después me contó un vecino  
que el campo se lo pidieron,  
la hacienda se la vendieron  
pa pagar arrendamientos,  
y qué sé yo cuántos cuentos;  
pero todo lo fundieron.  
Los pobrecitos muchachos  
entre tantas afliciones,  
se conchabaron de piones;  
¡mas qué iban a trabajar,  
si eran como los pichones  
sin acabar de emplumar!  
Por áhi andarán sufriendo  
de nuestra suerte el rigor:  
me han contaó que el mayor  
nunca dejaba a su hermano;  
puede ser que algún cristiano  
los recoja por favor.  
¡Y la pobre mi mujer  
Dios sabe cuánto sufrió!

Me dicen que se voló  
con no sé qué gavián,  
sin duda a buscar el pan  
que no podía darle yo.  
No es raro que a uno le falte  
lo que a algún otro le sobre;  
si no le quedó ni un cobre  
sino de hijos un enjambre  
¿qué más iba a hacer la pobre  
para no morirse de hambre?  
Tal vez no te vuelva a ver,  
prenda de mi corazón:  
Dios te dé su protección  
ya que no me la dio a mí,  
y a mis hijos dende aquí  
les echo mi bendición.  
Como hijitos de la cuna  
andarán por ahí sin madre.  
Ya se quedaron sin padre,  
y así la suerte los deja,  
sin naides que los proteja  
y sin perro que los ladre.  
Los pobrecitos tal vez  
no tengan ande abrigarse,  
ni ramada ande ganarse,  
ni rincón ande meterse,  
ni camisa que ponerse,  
ni poncho con que taparse.  
Tal vez los verán sufrir  
sin tenerles compasión;  
puede que alguna ocasión  
aunque los vean tiritando  
los echen de algún jogón  
pa que no estén estorbando.  
Y al verse ansina espantaos  
como se espanta a los perros,  
irán los hijos de Fierro  
con la cola entre las piernas,  
a buscar almas más tiernas  
o esconderse en algún cerro.  
Mas también en este juego  
voy a pedir mi bolada;  
a naides le debo nada  
ni pido cuartel ni doy,  
y ninguno dende hoy  
ha de llevarme en la armada.  
Yo he sido manso primero  
y seré gaucho matrero  
en mi triste circunstancia,  
aunque es mi mal tan projundo;  
nací y me he criado en estancia,  
pero ya conozco el mundo.  
Ya les conozco sus mañas,  
le conozco sus cucañas,  
sé cómo hacen la partida,  
la enriedan y la manejan:  
deshaceré la madeja  
aunque me cueste la vida.  
Y aguante el que no se anime  
a meterse en tanto engorro  
o si no aprétesé el gorro  
o para otra tierra emigre;  
pero yo ando como el tigre  
que le roban los cachorros.  
Aunque muchos creen que el gaucho  
tiene un alma de reyuno,

no se encontrará ninguno  
que no le dueblen las penas;  
mas no debe aflojar uno  
mientras hay sangre en las venas.

## VII

De carta de más me vía  
sin saber adónde dirme:  
mas dijeron que era vago  
y entraron a perseguirme.  
Nunca se achican los males,  
van poco a poco creciendo,  
y ansina me vide pronto  
obligao a andar juyendo.  
No tenía mujer ni rancho,  
y a más, era resertor,  
no tenía una prenda güena  
ni un peso en el tirador.  
A mis hijos infelices  
pensé volverlos a hallar  
y andaba de un lao al otro  
sin tener ni qué pitar.  
Supe una vez por desgracia  
que había un baile por allí,  
y medio desesperao  
a ver la milonga fui.  
Riunidos al pericón  
tantos amigos hallé,  
que alegre de verme entre ellos  
esa noche me apedé.  
Como nunca, en la ocasión  
por peliar me dio la tranca,  
y la emprendí con un negro  
que trujo una negra en ancas.  
Al ver llegar la morena,  
que no hacía caso de naidés  
le dije con la mamúa:  
"Va... ca... yendo gente al baile".  
La negra entendió la cosa  
y no tardó en contestarme,  
mirándome como a un perro:  
"más vaca será su madre".  
Y dentró al baile muy tiesa  
con más cola que una zorra,  
haciendo blanquiar los dientes  
lo mesmo que mazamorra.  
"Negra linda"... dije yo,  
"me gusta... pa la carona";  
y me puse a talariar  
esta coplita fregona:  
"A los blancos hizo Dios,  
a los mulatos San Pedro,  
a los negros hizo el diablo  
para tizón del infierno."  
Había estao juntando rabia  
el moreno dende ajuera;  
en lo oscuro le brillaban  
los ojos como linterna.  
Lo conocí retobao,  
me acerqué y le dije presto:  
"Por... rudo que un hombre sea  
nunca se enoja por esto."  
Corcovió el de los tamangos  
y creyéndose muy fijo:  
"Más *porrudo* serás vos,  
gaucho roto", me dijo.

Y ya se me vino al humo  
como a buscarme la hebra,  
y un golpe le acomodé  
con el porrón de ginebra.  
Ahi nomás pegó el de hollín  
más gruñidos que un chanchito,  
y pelando el envenao  
me atropelló dando gritos.  
Pegué un brinco y abrí cancha  
diciéndolés: -"Caballeros,  
dejen venir ese toro;  
solo nací... solo muero."  
El negro después del golpe  
se había el poncho refalao  
y dijo: -"Vas a saber  
si es solo o acompañaio."  
Y mientras se arremangó  
yo me saqué las espuelas,  
pues malicié que aquel tío  
no era de arriar con las riendas.  
No hay cosa como el peligro  
pa refrescar a un mamao;  
hasta la vista se aclara  
por mucho que haiga chupao.  
El negro me atropelló  
como a quererme comer;  
me hizo dos tiros seguidos  
y los dos le abarajé.  
Yo tenía un facón con S,  
que era de lima de acero;  
le hice un tiro, lo quitó  
y vino ciego el moreno.  
Y en el medio de las aspas  
un planazo le asenté  
que lo largué culebriando  
lo mesmo que buscapié.  
Le colorieron las motas  
con la sangre de la herida,  
y volvió a venir furioso  
como una tigra parida.  
Y ya me hizo relumbrar  
por los ojos el cuchillo,  
alcanzando con la punta  
a cortarme en un carrillo.  
Me hirvió la sangre en las venas  
y me le afirmé al moreno,  
dándolé de punta y hacha  
pa dejar un diablo menos.  
Por fin en una topada  
en el cuchillo lo alcé  
y como un saco de güesos  
contra un cerco lo largué.  
Tiró unas cuantas patadas  
y ya cantó pal carnero.  
Nunca me puedo olvidar  
de la agonía de aquel negro.  
En esto la negra vino,  
con los ojos como ají,  
y empezó la pobre allí  
a bramar como una loba.  
Yo quise darle una soba  
a ver si la hacía callar;  
mas pude reflexionar  
que era malo en aquel punto,  
y por respeto al dijunto  
no la quise castigar.

Limpié el facón en los pastos,  
desaté mi redomón,  
monté despacio y salí  
al tranco pa el cañadón.  
Después supe que al finao  
ni siquiera lo velaron  
y retobao en un cuero  
sin rezarle lo enterraron.  
Y dicen que dende entonces  
cuando es la noche serena  
suele verse una luz mala  
como de alma que anda en pena.  
Yo tengo intención a veces,  
para que no pene tanto,  
de sacar de allí los güesos  
y echarlos al camposanto.

### **VIII**

Otra vez en un boliche  
estaba haciendo la tarde;  
cayó un gaucho que hacía alarde  
de guapo y peliador.  
A la llegada metió  
el pingo hasta la ramada,  
y yo sin decirle nada  
me quedé en el mostrador.  
Era un terne de aquel pago  
que naides lo reprendía,  
que sus enriedos tenía  
con el señor comendante.  
Y como era protegido,  
andaba muy entonao  
y a cualquier desgraciao  
lo llevaba por delante.  
¡Ah pobre, si él mismo creiba  
que la vida le sobraba!  
Ninguno diría que andaba  
aguitándolo la muerte.  
Pero así pasa en el mundo,  
es así la triste vida:  
pa todos está escondida  
la güena o la mala suerte.  
Se tiró al suelo; al dentrar  
le dio un empellón a un vasco  
y me alargó un medio frasco  
diciendo: "Beba cuñao."  
"Por su hermana", contesté,  
"que por la mía no hay cuidao".  
"¡Ah, gaucho!", me respondió.  
"¿De qué pago será criollo?  
Lo andará buscando el hoyo,  
deberá tener güen cuero;  
pero ande bala este toro  
no bala ningún ternero."  
Y ya salimos trenzaos,  
porque el hombre no era lerdo;  
mas como el tino no pierdo  
y soy medio ligerón,  
le dejé mostrando el sebo  
de un revés con el facón.  
Y como con la justicia  
no andaba bien por allí,  
cuanto pataliar lo vi  
y el pulpero pegó el grito,  
ya pa el palenque salí  
como haciéndomé chiquito.

Monté y me encomendé a Dios,  
rumbiando para otro pago;  
que el gaucho que llaman vago  
no puede tener querencia,  
y ansí de estrago en estrago  
vive llorando la ausencia.  
El anda siempre juyendo,  
siempre pobre y perseguido;  
no tiene cueva ni nido,  
como si fuera maldito;  
porque el ser gaucho... ¡barajo!  
el ser gaucho es un delito.  
Es como el patrio de posta;  
lo larga éste, aquél lo toma,  
nunca se acaba la broma;  
dende chico se parece  
al arbolito que crece  
desamparao en la loma.  
Le echan la agua del bautismo  
aquel que nació en la selva,  
"buscá madre que te envuelva",  
se dice el fraire y lo larga,  
y dentra a cruzar el mundo  
como burro con la carga.  
Y se cría viviendo al viento  
como oveja sin trasquila  
mientras su padre en las filas  
anda sirviendo al gobierno;  
aunque tirite en invierno,  
naides lo ampara ni asila.  
Le llaman "gaucho mamao"  
si lo pillan divertido,  
y que es mal entretenido  
si en un baile lo sorprenden;  
hace mal si se defiende  
y si no, se ve... fundido.  
No tiene hijos ni mujer,  
ni amigos, ni protetores,  
pues todos son sus señores  
sin que ninguno lo ampare:  
tiene la suerte del güey  
¿y dónde irá el güey que no are?  
Su casa es el pajonal,  
su guarida es el desierto;  
y si de hambre medio muerto  
le echa el lazo a algun mamón,  
lo persiguen como a pleito,  
porque es un "gaucho ladrón".  
Y si de un golpe por áhi  
lo dan güelta panza arriba,  
no hay un alma compasiva  
que le rece una oración:  
tal vez como cimarrón  
en una cueva lo tiran.  
El nada gana en la paz  
y es el primero en la guerra;  
no le perdonan si yerra,  
que no saben perdonar,  
porque el gaucho en esta tierra  
sólo sirve pa votar.  
Para él son los calabozos,  
para él las duras prisiones;  
en su boca no hay razones  
aunque la razón le sobre;  
que son campanas de palo  
las razones de los pobres.

Si uno aguanta, es gaucho bruto;  
si no aguanta, es gaucho malo.  
¡Déle azote, déle palo,  
porque es lo que él necesita!  
De todo el que nació gaucho  
ésta es la suerte maldita.  
Vamos, suerte, vamos juntos  
dende que juntos nacimos,  
y ya que juntos vivimos  
sin podernos dividir,  
yo abriré con mi cuchillo  
el camino pa seguir.

## **IX**

Matreriando lo pasaba  
y a las casas no venía;  
solía arrimarme de día,  
mas, lo mesmo que el carancho,  
siempre estaba sobre el rancho  
espiando a la polecía.  
Viva el gaucho que ande mal,  
como zorro perseguido,  
hasta que al menor descuido  
se lo atarasquen los perros,  
pues nunca le falta un yerro  
al hombre más alvertido.  
Y en esa hora de la tarde  
en que tuito se adormece,  
que el mundo dentrar parece  
a vivir en pura calma,  
con las tristezas de su alma  
al pajonal enderiece.  
Bala el tierno corderito  
al lao de la blanca oveja  
y a la vaca que se aleja  
llama el ternero amarrao;  
pero el gaucho desgraciao  
no tiene a quién dar su queja.  
Ansí es que al venir la noche  
iba a buscar mi guarida,  
pues ande el tigre se anida  
también el hombre lo pasa,  
y no quería que en las casas  
me rodiara la partida.  
Pues aun cuando vengán ellos  
cumpliendo con su deberes,  
yo tengo otros pareceres,  
y en esa conduta vivo:  
que no debe un gaucho altivo  
peliar entre las mujeres.  
Y al campo me iba solito,  
más matrero que el venao,  
como perro abandonao,  
a buscar una tapera,  
o en alguna viscachera  
pasar la noche tirao.  
Sin punto ni rumbo fijo  
en aquella inmensidá,  
entre tanta escuridá  
anda el gaucho como duende;  
allí jamás lo sorprende  
dormido, la autoridá.  
Su esperanza es el coraje,  
su guardia es la precaución,  
su pingo es la salvación,  
y pasa uno en su desvelo  
sin más amparo que el cielo

ni otro amigo que el facón.

.....  
.....  
Ansí me hallaba una noche  
contemplando las estrellas,  
que le parecen más bellas  
cuanto uno es más desgraciao,  
y que Dios las haiga criaio  
para consolarse en ellas.  
Les tiene el hombre cariño  
y siempre con alegría  
ve salir las Tres Marías,  
que si llueve, cuanto escampa,  
las estrellas son la guía  
que el gaucho tiene en la pampa.  
Aquí no valen dotores:  
sólo vale la esperiencia;  
aquí verían su inocencia  
esos que todo lo saben,  
porque esto tiene otra llave  
y el gaucho tiene su cencia.  
Es triste en medio del campo  
pasarse noches enteras  
contemplando en sus carreras  
las estrellas que Dios cría,  
sin tener más compañía  
que su soledá y las fieras.  
Me encontraba, como digo,  
en aquella soledá,  
entre tanta escuridá,  
echando al viento mis quejas,  
cuando el grito del chajá  
me hizo parar las orejas.  
Como lumbriz me pegué  
al suelo para escuchar;  
pronto sentí retumbar  
las pisadas de los fletes,  
y que eran muchos jinetes  
conocí sin vacilar.  
Cuando el hombre está en peligro  
no debe tener confianza;  
ansí, tendido de panza,  
puse toda mi atención  
y ya escuché sin tardanza  
como el ruido de un latón.  
Se venían tan calladitos  
que yo me puse en cuidao;  
tal vez me hubieran bombiao  
y me venían a buscar;  
mas no quise disparar,  
que eso es de gaucho morao.  
Al punto me santigüé  
y eché de giñebra un taco,  
lo mesmito que el mataco  
me arroyé con el porrón:  
"Si han de darme pa tabaco",  
dije, "ésta es güena ocasión".  
Me refalé las espuelas,  
para no peliar con grillos;  
me arremangué el calzoncillo,  
y me ajusté bien la faja,  
y en una mata de paja  
probé el filo del cuchillo.  
Para tenerlo a la mano  
el flete en el pasto até,  
la cincha le acomodé,

y, en un trance como aquél,  
haciendo espaldas en él  
quietito los aguardé.  
Cuando cerca los sentí,  
y que áhi no más se pararon,  
los pelos se me erizaron  
y aunque nada vían mis ojos,  
, "No se han de morir de antojo",  
les dije, cuando llegaron.  
Yo quise hacerles saber  
que allí se hallaba un varón;  
les conocí la intención  
y solamente por eso  
es que les gané el tirón  
sin aguardar voz de preso.  
"Vos sos un gaucho matrero",  
dijo uno, haciéndosé el güeno.  
"Vos matastes un moreno  
y otro en una pulpería,  
y aquí está la polecía  
que viene a ajustar tus cuentas;  
te va alzar por las cuarenta  
si te resistís hoy día."  
"No me vengan", contesté,  
"con relación de dijuntos:  
esos son otros asuntos;  
vean si me pueden llevar,  
que yo no me he de entregar  
aunque vengan todos juntos."  
Pero no aguardaron más  
y se apiaron en montón;  
como a perro cimarrón  
me rodiaron entre tantos;  
ya me encomendé a los santos  
y eché mano a mi facón.  
Y ya vide el fogonazo  
de un tiro de garabina,  
mas quiso la suerte indina  
de aquel maula, que me errase  
y áhi no más lo levantase  
lo mesmo que una sardina.  
A otro que estaba apurao  
acomodando una bola  
le hice una dentrada sola  
y le hice sentir el fierro,  
y ya salió como el perro  
cuando le pisan la cola.  
Era tanta la afición  
y la angurria que tenían,  
que tuitos se me venían  
donde yo los esperaba:  
uno al otro se estorbaba  
y con las ganas no vían.  
Dos de ellos que traiban sables  
mas garifos y resueltos,  
en las hilachas envueltos  
enfrente se me pararon,  
y a un tiempo me atropellaron  
lo mesmo que perros sueltos.  
Me fui reculando en falso  
y el poncho adelante eché,  
y en cuanto le puso el pie  
uno medio chapetón,  
de pronto le di un tirón  
y de espaldas lo largué.

Al verse sin compañero  
el otro se sofrenó;  
entonces le dentré yo,  
sin dejarlo resollar,  
pero ya empezó a aflojar  
y a la pun...ta disparó.  
Uno que en una tacuara  
había atao una tijera,  
se vino como si fuera  
palenque de atar terneros,  
pero en dos tiros certeros  
salió aullando campo ajuera.  
Por suerte en aquel momento  
venía coloriendo el alba  
y yo dije: "Si me salva  
la Virgen en este apuro,  
en adelante le juro  
ser más güeno que una malva."  
Pegué un brinco y entre todos  
sin miedo me entreveré,  
hecho ovillo me quedé  
y ya me cargó una yunta,  
y por el suelo la punta  
de mi facón les jugué.  
El más engolosinao  
se me apió con un hachazo;  
se lo quité con el brazo,  
de no, me mata los piojos;  
y antes de que diera un paso  
le eché tierra en los dos ojos.  
Y mientras se sacudía  
refregándose la vista,  
yo me le fui como lista  
y áhi no más me le afirmé  
diciéndolé: "Dios te asista",  
y de un revés lo voltié.  
Pero en ese punto mesmo  
sentí que por las costillas  
un sable me hacía cosquillas  
y la sangre se me heló.  
Dende ese momento yo  
me salí de mis casillas.  
Di para atrás unos pasos  
hasta que pude hacer pie;  
por delante me lo eché  
de punta y tajos a un criollo;  
metió la pata en un hoyo,  
y yo al hoyo lo mandé.  
Tal vez en el corazón  
le tocó un santo bendito  
a un gaucho, que pegó el grito  
y dijo: "¡Cruz no consiente  
que se cometa el delito  
de matar así un valiente!".  
Y áhi no más se me apartó,  
dentrándolé a la partida;  
yo les hice otra embestida  
pues entre dos era robo;  
y el Cruz era como lobo  
que defiende su guarida.  
Uno despachó al infierno  
de dos que lo atropellaron,  
los demás remoliniaron,  
pues íbamos a la fija,  
y a poco andar dispararon  
lo mesmo que sabandija.

Ahi quedaban largo a largo  
los que estiaron la jeta,  
otro iba como maleta  
y Cruz de atrás les decía:  
"Que venga otra polecía  
a llevarlos en carreta."  
Yo junté las osamentas,  
me hiqué y les recé un bendito;  
hice una cruz de un palito  
y pedí a mi Dios clemente  
me perdonara el delito  
de haber muerto tanta gente.  
Dejamos amotonaos  
a los pobres que murieron;  
no sé si los recogieron,  
porque nos fuimos a un rancho,  
o si tal vez los caranchos  
áhi no más se los comieron.  
Lo agarramos mano a mano  
entre los dos al porrón;  
en semejante ocasión  
un trago a cualquiera encanta,  
y Cruz no era remolón  
ni pijotiaba garganta.  
Calentamos los gargueros  
y nos largamos muy tiesos,  
siguiendo siempre los besos  
al pichel, y por más señas,  
íbamos como cigüeñas  
estirando los pescuezos.  
"Yo me voy", le dije, "amigo,  
donde la suerte me lleve,  
y si es que alguno se atreve  
a ponerse en mi camino,  
yo seguiré mi destino,  
que el hombre hace lo que debe.  
"Soy un gaucho desgraciao,  
no tengo donde ampararme,  
ni un palo donde rascarme,  
ni un árbol que me cubije;  
pero ni aun esto me aflige,  
porque yo sé manejarme.  
"Antes de cáir al servicio,  
tenía familia y hacienda,  
cuando volví, ni la prenda  
me la habían dejao ya:  
Dios sabe en lo que vendrá  
a parar esta contienda."

**X**

#### CRUZ

Amigazo, pa sufrir  
han nacido los varones;  
éestas son las ocasiones  
de mostrarse un hombre juerte,  
hasta que venga la muerte  
y lo agarre a coscorrónes.  
El andar tan despilchao  
ningún mérito me quita.  
Sin ser una alma bendita  
me duelo del mal ajeno:  
soy un pastel con relleno  
que parece torta frita.  
Tampoco me faltan males  
y desgracias, le prevengo;  
también mis desdichas tengo,  
aunque esto poco me aflige:

yo sé hacerme el chanco rengo  
cuando la cosa lo esige.  
Y con algunos ardeles  
voy viviendo, aunque roto;  
a veces me hago el sarnoso  
y no tengo ni un granito,  
pero al chifle voy ganoso  
como panzón al maíz frito.  
A mí no me matan penas  
mientras tenga el cuero sano,  
venga el sol en el verano  
y la escarcha en el invierno.  
Si este mundo es un infierno  
¿por qué afligirse el cristiano?  
Hagámoslé cara fiera  
a los males, compañero,  
porque el zorro más matrero  
suele cáir como un chorlito:  
viene por un corderito  
y en la estaca deja el cuero.  
Hoy tenemos que sufrir  
males que no tienen nombre,  
pero esto a naides lo asombre  
porque ansina es el pastel,  
y tiene que dar el hombre  
más vueltas que un carretel.  
Yo nunca me he de entregar  
a los brazos de la muerte;  
arrastro mi triste suerte  
paso a paso y como pueda,  
que donde el débil se queda  
se suele escapar el juerte.  
Y ricuerde cada cual  
lo que cada cual sufrió,  
que lo que es, amigo, yo,  
hago así la cuenta mía:  
ya lo pasado pasó,  
mañana será otro día.  
Yo también tuve una pilcha  
que me enllenó el corazón,  
y si en aquella ocasión  
alguien me hubiera buscao,  
siguro que me había hallao  
más prendido que un botón.  
En la güella del querer  
no hay animal que se pierda;  
las mujeres no son lerdas  
y todo gaucho es dotor  
si pa cantarle al amor  
tiene que templar las cuerdas.  
¡Quién es de una alma tan dura  
que no quiera una mujer!  
Lo alivia en su padecer:  
si no sale calavera  
es la mejor compañera  
que el hombre puede tener.  
Si es güena, no lo abandona  
cuando lo ve desgraciao,  
lo asiste con su cuidao  
y con afán cariñoso,  
y usté tal vez ni un rebozo  
ni una pollera le ha dao.  
Grandemente lo pasaba  
con aquella prenda mía  
viviendo con alegría  
como la mosca en la miel.

¡Amigo, qué tiempo aquél!  
¡La pucha que la quería!  
Era la águila que a un árbol  
dende las nubes bajó,  
era mas linda que el alba  
cuando va rayando el sol,  
era la flor deliciosa  
que entre el trebolar creció.  
Pero, amigo, el comendante  
que mandaba la milicia,  
como que no desperdicia  
se fue refalando a casa:  
yo le conocí en la traza  
que el hombre traiba malicia.  
El me daba voz de amigo,  
pero no le tenía fe.  
Era el jefe, y ya se ve,  
no podía competir yo;  
en mi rancho se pegó  
lo mesmo que saguaipé.  
A poco andar conocí  
que ya me había desbancao,  
y él siempre muy entonao  
aunque sin darme ni un cobre,  
me tenía de lao a lao  
como encomienda de pobre.  
A cada rato, de chasque  
me hacía dir a gran distancia;  
ya me mandaba a una estancia,  
ya al pueblo, ya a la frontera;  
pero él en la comendancia  
no ponía los pies siquiera.  
Es triste a no poder más  
el hombre en su padecer,  
si no tiene una mujer  
que lo ampare y lo consuele;  
mas pa que otro se la pele  
lo mejor es no tener.  
No me gusta que otro gallo  
le cacaree a mi gallina.  
Yo andaba ya con la espina,  
hasta que en una ocasión  
lo solprendí en el jogón  
abrazándomé a la china.  
Tenía el viejito una cara  
de ternero mal lamido,  
y al verle tan atrevido  
le dije: "Que le aproveche,  
que había sido pa el amor  
como guacho pa la leche".  
Peló la espalda y se vino  
como a quererme ensartar,  
pero yo sin tutubiar  
le volví al punto a decir:  
"Cuidao no te vas a pér...tigo,  
poné cuarta pa salir."  
Un puntazo me largó  
pero el cuerpo le saqué  
y en cuanto se lo quité,  
para no matar un viejo,  
con cuidao, medio de lejo,  
un planazo le asenté.  
Y como nunca al que manda  
le falta algún adulón,  
uno que en esa ocasión  
se encontraba allí presente

vino apretando los dientes  
como perrito mamón.  
Me hizo un tiro de revuélver  
que el hombre creyó seguro,  
era confiado y le juro  
que cerquita se arrimaba,  
pero siempre en un apuro  
se desentumen mis tabas.  
El me siguió menudiando  
mas sin poderme acertar,  
y yo, déle culebriar,  
hasta que al fin le dentré  
y áhi no más lo despaché  
sin dejarlo resollar.  
Dentré a campiar en seguida  
al viejito enamoraó.  
El pobre se había ganao  
en un noque de lejía.  
¡Quién sabe cómo estaría  
del susto que había llevao!  
¡Es zonzó el cristiano macho  
cuando el amor lo domina!  
El la miraba a la indina,  
y una cosa tan jedionda  
sentí yo, que ni en la fonda  
he visto tal jedentina.  
Y le dije: "Pa su agüela  
han de ser esas perdices."  
Yo me tapé las narices,  
y me salí estornudando,  
y el viejo quedó olfatiando  
como chico con lumbrices.  
Cuando la mula recula,  
señal que quiere cociar;  
así se suele portar  
aunque ella lo disimula:  
recula como la mula  
la mujer, para olvidar.  
Alcé mis ponchos y mis prendas  
y me largué a padecer  
por culpa de una mujer  
que quiso engañar a dos.  
Al rancho le dije adiós,  
para nunca más volver.  
Las mujeres dende entonces  
conocí a todas en una.  
Ya no he de probar fortuna  
con carta tan conocida:  
mujer y perra parida,  
no se me acerca ninguna.

## **XI**

A otros les brotan las coplas  
como agua de manantial;  
pues a mí me pasa igual,  
aunque las mías nada valen:  
de la boca se me salen  
como ovejas del corral.  
Que en puertiando la primera,  
ya la siguen las demás,  
y en montones las de atrás  
contra los palos se estrellan,  
y saltan y se atropellan,  
sin que se corten jamás.  
Y aunque yo por mi inorancia  
con gran trabajo me esplico,  
cuando llevo a abrir el pico

ténganlo por cosa cierta:  
sale un verso y en la puerta  
ya asoma el otro el hocico.  
Y empréstemé su atención,  
me oirá relatar las penas  
de que traigo la alma llena,  
porque en toda circunstancia  
paga el gaucho su inorancia  
con la sangre de las venas.  
Después de aquella desgracia  
me guarecí en los pajales,  
anduve entre los cardales  
como bicho sin guarida;  
pero, amigo, es esa vida  
como vida de animales.  
Y son tantas las miserias  
en que me he sabido ver,  
que con tanto padecer  
y sufrir tanta aflicción  
malicio que he de tener  
un callo en el corazón.  
Así andaba como guacho  
cuando pasa el temporal.  
Supe una vez, pa mi mal,  
de una milonga que había,  
y ya pa la pulpería  
enderece mi bagual.  
Era la casa del baile  
un rancho de mala muerte  
y se enllenó de tal suerte  
que andábamos a empujones:  
nunca faltan encontrones  
cuando un pobre se divierte.  
Yo tenía unas medias botas  
con tamaños verdugones;  
me pusieron los talones  
con crestas como los gallos;  
¡si viera mis aflicciones  
pensando yo que eran callos!  
Con gato y con fandanguillo  
había empezado el changango  
y para ver el fandango  
me colé haciéndomé bola;  
mas metió el diablo la cola  
y todo se volvió pango.  
Había sido el guitarrero  
un gaucho duro de boca.  
Yo tengo pacencia poca  
pa aguantar cuando no debo:  
a ninguno me le atrevo  
pero me halla el que me toca.  
A bailar un pericón  
con una moza salí,  
y cuanto me vido allí  
sin duda me conoció  
y estas coplitas cantó  
como por ráirse de mí:  
"Las mujeres son todas  
como las mulas;  
yo no digo que todas,  
pero hay algunas  
que a las aves que vuelan  
les sacan plumas."  
"Hay gauchos que presumen  
de tener damas;  
no digo que presumen,

pero se alaban,  
y a lo mejor los dejan  
tocando tablas."  
Se secretiaron las hembras  
y yo ya me encocoré;  
volí la anca y le grité:  
"dejá de cantar... chicharra."  
Y de un tajo a la guitarra  
tuitas las cuerdas corté.  
Al grito salió de adentro  
un gringo con un jusil;  
pero nunca he sido vil,  
poco el peligro me espanta:  
ya me refalé la manta  
y la eché sobre el candil.  
Gané en seguida la puerta  
gritando: "Naides me ataje";  
y alborotao el hembraje  
lo que todo quedo oscuro,  
empezó a verse en apuro  
mesturao con el gauchaje.  
El primero que salió  
fue el cantor y se me vino,  
pero yo no pierdo el tino  
aunque haiga tomao un trago,  
y hay algunos por mi pago  
que me tienen por ladino.  
No ha de haber achocao otro;  
le salió cara la broma;  
a su amigo cuando toma  
se le despeja el sentido,  
y el pobrecito había sido  
como carne de paloma.  
Para prestar sus socorros  
las mujeres no son lerdas:  
antes que la sangre pierda  
lo arrimaron a unas pipas.  
Ahi lo dejé con las tripas  
como pa que hicieran cuerdas.  
Monté y me largé a los campos  
más libre que el pensamiento,  
como las nubes al viento,  
a vivir sin paradero;  
que no tiene el que es matrero  
nido, ni rancho, ni asiento.  
No hay fuerza contra el destino  
que le ha señalao el cielo  
y aunque no tenga consuelo  
aguante el que está en trabajo:  
¡naides se rasca pa abajo  
ni se lonjea contra el pelo!  
Con el gaucho desgraciao  
no hay uno que no se entone;  
la menor falta lo espone  
a andar con los avestruces:  
faltan otros con más luces  
y siempre hay quien los perdone.

## **XII**

Yo no sé qué tantos meses  
esta vida me duró;  
a veces nos obligó  
la miseria a comer potro:  
me había acompañado con otros  
tan desgraciaos como yo.  
Mas ¿para qué platicar  
sobre esos males, canejos?

Nace el gaucho y se hace viejo  
sin que mejore su suerte,  
hasta que por ahí la muerte  
sale a cobrarle el pellejo.  
Pero como no hay desgracia  
que no acabe alguna vez,  
me aconteció que después  
de sufrir tanto rigor  
un amigo por favor  
me compuso con el juez.  
Le alvertiré que en mi pago  
ya no va quedando un criollo:  
se los ha tragao el hoyo  
o juido o muerto en la guerra,  
porque, amigo, en esta tierra  
nunca se acaba el embrollo.  
Colijo que jue para eso  
que me llamó el juez un día  
y me dijo que quería  
hacerme a su lao venir,  
pa que dentrase a servir  
de soldao de polecía.  
Y me largó una ploclama  
tratándomé de valiente,  
que yo era un hombre decente,  
y que dende aquel momento  
me nombraba de sargento  
pa que mandara la gente.  
Ansí estuve en la partida  
pero ¡qué había de mandar!  
Anoche al irlo a tomar  
vide güena coyontura  
y a mí no me gusta andar  
con la lata a la cintura.

.....  
.....  
Ya conoce, pues, quién soy;  
tenga confianza conmigo;  
Cruz le dio mano de amigo  
y no lo ha de abandonar.  
Juntos podemos buscar  
pa los dos un mesmo abrigo.  
Andaremos de matreros  
si es preciso pa salvar;  
nunca nos ha de faltar  
ni un güen pingo para juir,  
ni un pajal ande dormir,  
ni un matambre que ensartar.  
Y cuando sin trapo alguno  
nos haiga el tiempo dejao  
yo le pediré emprestao  
el cuero a cualquiera lobo  
y hago un poncho, si lo sobo,  
mejor que poncho engomao.  
Para mí la cola es pecho  
y el espinazo es cadera;  
hago mi nido ande quiera  
y de lo que encuentre como;  
me echo tierra sobre el lomo  
y me apeo en cualquier tranquera.  
Y deajo rodar la bola  
que algún día se ha'e parar;  
tiene el gaucho que aguantar  
hasta que lo trague el hoyo  
o hasta que venga algún criollo  
en esta tierra a mandar.

Lo miran al pobre gaucho  
como carne de cogote:  
lo tratan al estricote,  
y si ansí las cosas andan  
porque quieren los que mandan,  
aguantemos los azotes.  
¡Pucha, si usted los oyera  
como yo en una ocasión  
tuita la conversación  
que con otro tuvo el juez;  
Le asiguro que esa vez  
se me achicó el corazón.  
Hablaban de hacerse ricos  
con campos en la frontera;  
de sacarla más ajuera  
donde había campos baldidos  
y llevar de los partidos  
gente que la defendiera.  
Todo se güelven proyotos  
de colonias y carriles  
y tirar la plata a miles  
en los gringos enganchaos,  
mientras al pobre soldao  
le pelan la chaucha, ¡ah viles!  
Pero si siguen las cosas  
como van hasta el presente  
puede ser que red repente  
veamos el campo desierto,  
y blanquiando solamente  
los güesos de los que han muerto.  
Hace mucho que sufrimos  
la suerte reculativa:  
trabaja el gaucho y no arriba,  
porque a lo mejor del caso  
lo levantan de un sogazo  
sin dejarle ni saliva.  
De los males que sufrimos  
hablan mucho los puebleros,  
pero hacen como los teros  
para esconder sus niditos:  
en un lao pegan los gritos  
y en otro tienen los güevos.  
Y se hacen los que no aciertan  
a dar con la coyuntura;  
mientras al gaucho lo apura  
con rigor la autoridá  
ellos a la enfermedá  
le están errando la cura.

### **XIII**

#### **MARTIN FIERRO**

Ya veo que somos los dos  
astillas del mismo palo:  
yo paso por gaucho malo  
y usted anda del mismo modo,  
y yo, pa acabarlo todo,  
a los indios me refalo.  
Pido perdón a mi Dios,  
que tantos bienes me hizo;  
que dende que es preciso  
que viva entre los infieles,  
yo seré cruel con los crueles:  
ansí mi suerte lo quiso.  
Dios formó lindas las flores,  
delicadas como son,  
le dio toda perfección  
y cuanto él era capaz,

pero al hombre le dio más  
cuando le dio el corazón.  
Le dio claridá a la luz,  
juerza en su carrera al viento,  
le dio vida y movimiento  
dende la águila al gusano,  
pero más le dio al cristiano  
al darle el entendimiento.  
Y aunque a las aves les dio,  
con otras cosas que inoro,  
esos piquitos como oro  
y un plumaje como tabla,  
le dio al hombre más tesoro  
al darle una lengua que habla.  
Y dende que dio a las fieras  
esa juria tan inmensa,  
que no hay poder que las venza  
ni nada que las asombre,  
¿qué menos le daría al hombre  
que el valor pa su defensa?  
Pero tantos bienes juntos  
al darle, malicio yo  
que en sus adentros pensó  
que el hombre los precisaba,  
que los bienes igualaba  
con las penas que le dio.  
Y yo empujao por las mías  
quiero salir de este infierno;  
ya no soy pichón muy tierno  
y sé manejar la lanza  
y hasta los indios no alcanza  
la facultá del gobierno.  
Yo sé que allá los caciques  
amparan a los cristianos,  
y que los tratan de "hermanos"  
cuando se van por su gusto.  
¿A qué andar pasando sustos?  
Alcemos el poncho y vamos.  
En la cruzada hay peligros  
pero ni aun esto me aterra;  
yo ruedo sobre la tierra  
arrastrao por mi destino  
y si erramos el camino...  
no es el primero que lo erra.  
Si hemos de salvar o no  
de esto naides nos responde.  
Derecho ande el sol se esconde  
tierra adentro hay que tirar;  
algún día hemos de llegar...  
después sabremos adónde.  
No hemos de perder el rumbo,  
los dos somos güena yunta;  
el que es gaucho ve ande apunta,  
aunque inora ande se encuentra;  
pa el lao en que el sol se dentra  
dueblan los pastos la punta.  
De hambre no pereceremos,  
pues según otros me han dicho  
en los campos se hallan bichos  
de los que uno necesita...  
gamas, maticos, mulitas,  
avestruces y quirquinchos.  
Cuando se anda en el desierto  
se come uno hasta las colas;  
lo han cruzao mujeres solas  
llegando al fin con salú,

y ha de ser gaucho el ñandú  
que se escape de mis bolas.  
Tampoco a la sé le temo,  
yo la aguanto muy contento,  
busco agua olfatiando al viento,  
y dende que no soy manco  
ande hay duraznillo blanco  
cavo y la saco al momento.  
Allá habrá siguridá  
ya que aquí no la tenemos,  
menos males pasaremos  
y ha de haber grande alegría  
el día que nos descolguemos  
en alguna toldería.  
Fabricaremos un toldo,  
como lo hacen tantos otros,  
con unos cueros de potro,  
que sea sala y sea cocina.  
¡Tal vez no falte una china  
que se apiade de nosotros!  
Allá no hay que trabajar,  
vive uno como un señor;  
de cuando en cuando un malón,  
y si de él sale con vida  
lo pasa echao panza arriba  
mirando dar güelta el sol.  
Y ya que a juerza de golpes  
la suerte nos dejó aflús,  
puede que allá veamos luz  
y se acaben nuestras penas.  
Todas las tierras son güenas:  
vámosnós, amigo Cruz.  
El que maneja las bolas,  
el que sabe echar un pial,  
o sentarse en un bagual  
sin miedo de que lo baje,  
entre los mismos salvajes  
no puede pasarlo mal.  
El amor como la guerra  
lo hace el criollo con canciones;  
o más de eso en los malones  
podemos aviarnos de algo;  
en fin, amigo, yo salgo  
de estas pelegrinaciones.

.....  
.....  
En este punto el cantor  
buscó un porrón pa consuelo,  
echó un trago como un cielo,  
dando fin a su argumento,  
y de un golpe al istrumento  
lo hizo astillas contra el suelo.  
"Ruempo -dijo- la guitarra,  
pa no volverla a templar;  
ninguno la ha de tocar,  
por siguro ténganló;  
pues naides ha de cantar  
cuando este gaucho cantó."  
Y daré fin a mis coplas  
con aire de relación;  
nunca falta un preguntón  
más curioso que mujer,  
y tal vez quiera saber  
cómo fue la conclusión.  
Cruz y Fierro, de una estancia  
una tropilla se arriaron;

por delante se la echaron  
como criollos entendidos  
y pronto sin ser sentidos,  
por la frontera cruzaron.  
Y cuando la habían pasao,  
una madrugada clara  
le dijo Cruz que mirara  
las últimas poblaciones;  
y a Fierro dos lagrimones  
le rodaron por la cara.  
Y siguiendo el fiel del rumbo  
se entraron en el desierto.  
No sé si los habrán muerto  
en alguna correría,  
pero espero que algún día  
sabré de ellos algo cierto.  
Y ya con estas noticias  
mi relacion acabé;  
por ser ciertas las conté,  
todas la desgracias dichas:  
es un telar de desdichas  
cada gaucho que usted ve.  
Pero ponga su esperanza  
en el Dios que lo formó;  
y aquí me despido yo,  
que he relatao a mi modo  
*males que conocen todos  
pero que naides contó .*